

Reminiscencia

Alberto Villalpando

Conocí a Jesús Urzagasti el mes de mayo del año 1965. Yo acababa de incorporarme al Instituto Cinematográfico Boliviano, invitado por Jorge Sanjinés y Oscar Soria. Para entonces, Jesús ya trabajaba en el equipo de Jorge Sanjinés. Este Instituto tenía el nombre más largo que sus propias instalaciones. Un pequeño hall de entrada, donde se encontraba la secretaria, una oficina principal, por ahí un par de cuartos pequeños, que hacían las veces de depósito y cuarto oscuro, y una sala alargada que ostentaba el nombre de Telecine, en consecuencia, era una habitación oscura, cubierta en sus paredes laterales con unas cortinas de color vino tinto. Al fondo se veía el ecra y en la pared opuesta se advertían unos agujeros cuadrados desde los cuales se proyectaban las películas, básicamente los noticieros que producía el Instituto y alguno que otro documental de los que había realizado Jorge Ruiz, en una gestión anterior. Era en este telecine en el que Jesús y yo teníamos nuestros escritorios. Jesús había ubicado su escritorio cerca de la puerta de entrada, a un costado de la misma. El lugar era oscuro y este telecine tenía un solo foco en la parte posterior, donde teníamos los escritorios, que iluminaba muy pobremente. Jesús tenía una máquina de escribir que, sin ser muy grande, ocupaba la mayor parte del escritorio. Muchas veces le propuse cambiar la ubicación de los escritorios y favorecernos ambos con la luz, pero él parecía hallarse muy cómodo en la penumbra. Con el paso de los días, nuestra relación fue creciendo y encontramos tres puntos de contacto, tres vehículos en los cuales viajaban muchos ardores: la música, la lectura y el ajedrez. En esos años, mi pasión por la música se volcaba de modo natural hacia la música de vanguardia de la década de los años 60, y encontré en Jesús un oído atento y perceptivo a estas nuevas sonoridades, aunque sus preferencias se inclinaban por el barroco: Jesús amaba Vivaldi. Nuestras lecturas mostraban intereses diversos. Él leía mucha literatura latinoamericana —estaba empezando el boom—; yo prefería, de algún modo, la literatura europea. Pero aquí teníamos un punto en

común, la admiración por Kafka. Y en los momentos que pasábamos fuera del Instituto, ya sea en casa o en el cuarto que alquilaba él en Miraflores, no muy lejos de donde yo vivía, nos enfrascábamos en complejas partidas de ajedrez, tomando mate, oyendo Vivaldi y fumando unas pipas de tabaco cayubaba, que él traía del Chaco. Era un tabaco fuerte y de aroma penetrante. Jesús jugaba al ajedrez de una manera, si se quiere, poco frecuente. Avanzaba los peones como una vanguardia inexpugnable, donde las piezas mayores del contrincante se veían sumamente reducidas. Así se plasmó en nuestra jerga ajedrecística el término “runa” para denotar a los peones. Entonces, uno decía: “¡Este Jesús ya me metió a los runas!” Y él sonreía, achinando los ojos y levantando discretamente el labio superior. Una sonrisa irónica, por supuesto, pero llena de una alegre picardía frente a las dificultades que le creaba al adversario. Era muy lindo jugar al ajedrez con Jesús.

El trabajo que realizaba Jesús en el Instituto Cinematográfico era por demás curioso, y digo curioso por lo insólito. Consistía fundamentalmente en escribir los comentarios destinados al noticiero que producía quincenalmente el Instituto. El procedimiento era el siguiente: el camarógrafo, el excelente fotógrafo y amigo Edmundo Ugarte, viajaba a diversos lugares en los cuales se gestaba alguna noticia, algunas veces lo hacía en compañía de Ricardo Rada, amigo también ya ausente, y otras, no muchas, del mismo Jesús Urzagasti, pero generalmente Edmundo Ugarte se desplazaba solo. Las tomas se hacían con una cámara de 16mm., y la película se guardaba herméticamente en su respectiva caja metálica. Ugarte hacía entonces lo que se llamaba el informe de cámara. Este informe detallaba el tipo de tomas que se habían realizado: plano general de la locación, plano medio de tal cosa, primer plano de tal personaje, y así sucesivamente. Sobre este informe, para una cosa eminentemente visual como es el cine, a ciegas, Jesús escribía los comentarios a la noticia y se los mostraba a Oscar

Soria, quien, a veces con alguna sugerencia de mejora, aprobaba el comentario. Película y comentario se empaquetaban y se enviaban —hasta el viernes al medio día— a Buenos Aires, a Laboratorios Alex, en el vuelo del LAB, que salía los sábados. Estos envíos eran siempre un ajetreo. Una semana después, reenviaban de Buenos Aires tres copias del noticiero. Ahora todos reunidos en el telecine, mirábamos cómo había salido el producto final. Era siempre una sorpresa. Con el tiempo, Jesús se volvió un experto en escribir estos relatos. La dificultad mayor radicaba en que el comentario se ajustara a la duración de la nota, de la cual sólo se tenía el informe de cámara. Este tipo de noticias, le daban también a Jesús conocimientos de muchas cosas a las que no siempre se accede fácilmente. Recuerdo, por ejemplo, una historia que me contó Jesús después de un viaje que hiciera a Charazani, para realizar una nota sobre los callawayas. Me contó que el alcalde de Charazani, después de explicarle largamente el rito del Alma y Lazo, le mostró un documento, fechado en algún año de la década de los años 20, como testimonio de cuanto este señor tuvo a bien contarle. El rito del Alma y Lazo es por demás inquietante. Los callawayas parten, con la finalidad de curar, munidos de sus preciosas hierbas, a donde buenamente quiera llevarlos el viento. La mujer que deja el callawaya en su casa, es decir su esposa, queda bajo la supervisión de la comunidad. Si durante la ausencia de este médico itinerante, la mujer le ha sido infiel, cuando finalmente el marido retorna a su casa, la comunidad, reunida, le informa al marido de los sucesos que han llevado a la infidelidad de la mujer. Si el hecho no está plenamente probado, pero existen serias sospechas, se procede entonces al juicio de los cóndores. Amarran a la mujer a un poste en lo alto de una montaña y comienzan la invocación a los cóndores. Pronto, estos realmente vienen y comienzan un vuelo circular alrededor de la mujer. Si alguno de los cóndores desciende, quiere decir que la mujer es carroña, por lo tanto, culpable. Sancionado el hecho de esta manera, todos los pobladores de la comunidad dejan de hablarle a la mujer y toda vez que la ven le cantan o le silban o le tocan en una quena una melodía, conocida como Alma y Lazo, más bien repetitiva y triste, hasta que, finalmente, la mujer, presa de la angustia, se suicida, arrojándose de algún cerro al vacío. Después de esta descripción, a Jesús se le vino a la cabeza preguntar si había algún castigo similar para con el hombre infiel. Por supuesto que lo había. Las mujeres callawayas, en gran secreto, preparan un cocido de hierbas que la mujer del hombre infiel se la da a beber sin que éste lo sepa. El resultado de ello es la atrofia del miembro viril. “Se queda con un agujerito, como una mujer”, le había dicho el Alcalde, mostrándole el documento que relataba sucintamente este hecho, suscrito por las autoridades de entonces. Este tipo de historias,

que relataban los inexplicables hechos vinculados a las culturas aborígenes de nuestro país, simplemente maravillaban a Jesús. Preguntaba, entonces, mirando con ojos inquisitivos, como si él mismo fuese el sujeto de la acción: “¿Qué harías tú, si te mirara fijamente una víbora?” Ponía cara seria, se arreglaba el pantalón y comentaba: “Fregado, ¿no?”

Cuando me incorporé al Instituto Cinematográfico, Jorge Sanjinés y el equipo técnico estaban volcados a la producción del medio metraje, que luego se llamaría *Aysa*. Las filmaciones se realizaban en Huanuni y dos o tres días después de incorporarme al Instituto viajamos a esa localidad a proseguir con la filmación. Yo debía ocuparme de las tomas de sonido y posteriormente de la música. En este período compartía muy poco con Jesús porque nuestras ocupaciones, distintas de algún modo, nos separaban un tanto, aunque siempre nos dábamos maña para reunirnos y jugar al ajedrez. El proyecto principal de Jorge Sanjinés y todo el equipo técnico era la producción de un largometraje. Así es como se gestó la realización de la película *Ukamau*. Y aquí sí tomábamos parte muy activa con Jesús. Los largos preparativos, finalmente nos llevaron a principios del mes de diciembre a la Isla del Sol, donde se filmó esta película. Vivimos dos meses en este maravilloso lugar, trepando y bajando cerros, y siempre cargando equipos. Y en los ratos de descanso conversando sobre el desarrollo de la película. Indudablemente, se dieron muchas situaciones anecdóticas, pero recuerdo una porque nos tocó directamente a Jesús y a mí. A cierta altura de nuestra estancia en la isla, se dejó sentir algo de fatiga y también de aburrimiento. Para paliar esta molición y generar también un entretenimiento, se convocó a un “Concurso de fotografía”. Hicimos equipo con Jesús y nos embarcamos en una propuesta de él, muy a su estilo literario, que se llamaba algo así como “Las aventuras de Fielko”. Tomamos una serie de fotografías, de las cuales elegimos diez, que narraban todas las tribulaciones de Fielkho. Recuerdo que sólo hubo tres concursantes: Hugo Roncal, Edmundo Ugarte y nosotros dos. El lauro se lo llevó Edmundo Ugarte, con una serie de fotografías, verdaderamente muy lindas, sobre un solo tema. Había encontrado por ahí un cráneo de cordero y un pájaro muerto. Con estos, un tanto truculentos elementos, consiguió una serie de excelentes fotografías. El segundo puesto se llevó Hugo Roncal con unas fotografías de piedras y el premio consuelo (tampoco había más concursantes) nos lo dieron a Jesús y a mí, recalcando que lo atractivo era la historia antes que las fotografías. ¡Claro, no éramos fotógrafos!

Dos meses después del estreno de *Ukamau*, por una circunstancia por demás absurda, me retiraron del Instituto Cinematográfico. Este hecho incidió en un cierto alejamiento natural en nuestra relación,

pero continuábamos viéndonos y compartiendo una amistad que se había hecho sólida. Visitábamos con frecuencia a Jaime Saenz, y compartíamos las mismas cosas, salvo el ajedrez, pues, como decía Jaime: “Odio el ajedrez”. Nos dedicábamos entonces a oír música, a intercambiar libros y a jugar cacho, amén de las ocasionales charlas de “muchacha hondura”, diría, y que las acompañábamos de innumerables tazas de té y cigarrillos. En una oportunidad, decidimos subir a la Muela del Diablo. En efecto, un sábado partimos alrededor de las 10 de la mañana. Tomamos un colectivo que nos dejó por la Florida y continuamos a pie, rumbo a la Muela del Diablo. Fue una caminata larga pero muy amena. De pronto, Jaime se detenía, aspiraba profundamente el aire y contemplaba maravillado el paisaje. Jesús, entonces, se remitía a su paisaje y nos contaba de las frondosidades del Chaco, de las trampas de agua y, de improviso, sacó algo de su bolsillo mostrándonos un curioso objeto. Era una pequeña colita de tatú, ya endurecida. Tenía una pequeña tapa que, al levantarla, dejaba ver una especie de ceniza tenue. Extrajo entonces un cigarrillo y, acercándolo a esta ceniza, prendió el cigarrillo como si nada. Nos dejó pasmados y llenos de asombro. “¡Uyyy caráaaa!,” decía Jaime, mientras agarraba este pequeño objeto, por otra parte muy bonito. Jesús nos explicó que se trataba de una especie de paja muy fina —y en verdad, parecía un pequeño bucle de cabellos grises— que tenía la virtud de “quemarse sin quemarse,” sancionó Jaime. Esa pequeña brasa tenía la virtud de quedarse encendida por tiempo ilimitado. Después, en algún viaje que hizo Jesús a sus pagos, nos trajo de regalo a Jaime y a mí este magnífico

encendedor. Pero nuestro ascenso comenzó a ponerse fatigoso. Finalmente, después de unas tres horas y media, llegamos a la punta de la Muela del Diablo. El espectáculo era realmente magnífico. En esta expectación me había olvidado de Jaime y de Jesús, pero pronto los vi: Jaime, cuerpo a tierra, arrastrándose dificultosamente hacia la punta de la Muela y Jesús, medio agachado, ayudándolo. Jaime padecía de vértigo, pero no renunciaba al espectáculo que se ofrecía desde la cima y pudo verlo aferrado a la tierra. Nuestro descenso fue más suave y llegamos a la casa de Jaime, de donde habíamos partido, alrededor de las 6 de la tarde. Este inolvidable paseo se convirtió en motivo de largas charlas y rememoraciones. Habíamos pergueñado con Jaime una frase en el más puro estilo de Jesús. Decía: “Cada hombre se manifiesta con todo su poderío, en su propio territorio.” Jaime, deseoso de expresar la frase, mientras ascendíamos a la Muela del Diablo, se detuvo e, inopinadamente, lanzó la frase, sancionándola con sistemáticos movimientos de su brazo derecho. Jesús no entendió de qué se trataba, mientras Jaime y yo nos mirábamos con una cierta frustrada complicidad. A Jaime le gustó tanto esta frase que la incluyó después en alguna parte de su novela *Felipe Delgado*.

He querido plasmar estos recuerdos del inicio de nuestra amistad, para homenajear a Jesús, pensando que tal vez sean poco conocidos. Más adelante, Jesús creció enormemente como escritor y, tanto de su obra como de su vida, se han ocupado muchos estudiosos, aunque tengo el grato recuerdo de haberle ayudado a copiar algunos fragmentos de *Tirinea* y también del *Cuaderno de Lilino*.

Abril de 2014